

MEY-20

1963 col

Ej. 1

LA
PINTURA MURAL
DE LA REVOLUCION
MEXICANA

1921-1960



MUSEO NACIONAL / PALACIO DE BELLAS ARTES
LA HABANA

SEP. / 17-22 / 63

LO MODERNO Y ACTUAL

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando Juárez reafirmó nuestra independencia política, aparece el primer gran pintor mexicano. Ya a los 22 años con su Puente rústico de San Angel, había demostrado su capacidad de oficio y su don poético para mirar la naturaleza. Discípulo de un notable paisajista italiano traído por el gobierno para hacerle cargo de la cátedra de paisaje en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, José María Velasco, nacido en el Estado de México en 1840, reunió las condiciones ideales para ser uno de los más grandes paisajistas de todos los tiempos.

La Naturaleza, como inspiración artística, aparece por primera vez en China y en Roma hace unos dos mil años.

En los siglos XV y XVI los flamencos y los italianos dieron al paisaje verdadera importancia como fondo de composiciones con figuras. Ya en los siglos XVII y XVIII aparecen los pintores de paisaje exclusivamente (Holanda e Italia). En el siglo XIX Turner en Inglaterra y Monet y Cézanne en Francia, pintan el paisaje con manos nuevas, con técnicas diferentes.

Velasco, hombre de genio, es un caso único en América por lo que al arte se refiere. La ciencia de la Naturaleza le atrajo poderosamente como lo demuestran sus estudios publicados sobre botánica y zoología y sus observaciones como meteorólogo. Pero el científico no eclipsó al artista, y así la raíz del conocimiento voló en alas de la poesía. Unos cuantos metros de suelo erosionado, una roca, la forma inestable de las nubes, el volumen atmosférico, la luz, el aire mismo, en fin, lo que antes de él quizás no se pintó, la impalpable materia en suspensión, "eso" a cuyo través se ve todo, Velasco lo trasladó a la tela o al papel, lo mismo en una superficie de 15 por 20 centímetros que en otra de tres metros cuadrados.

Sin duda a su avidez de espacio se alió una capacidad óptica excepcional, un ojo telescópico devorador de horizontes.

Por eso, algunos de sus cuadros tienen valor cósmico: son fragmentos del planeta, no simples paisajes. El paisaje antes de Velasco fue, aparentemente, la consecuencia de una ventana. El maestro mexicano es-

coge una cima del Valle de México y nos da un tercio de horizonte en un inmenso cono focal: el paisaje, pero en grado heroico, sublime.

Cuando Velasco pinta la figura es siempre en función de escala. Pero a veces tiene no se qué de entrañable, de hondamente mexicano. Mexicano profundo, se apasionó por nuestro mundo arqueológico y lo pintó y dibujó muchas veces. Sustituyó a Landesio, su maestro, en la Academia de Bellas Artes, y a su vez fue maestro de Diego Rivera y de otros pintores. José María Velasco fue, pues, uno de los abuelos de la gran pintura mexicana. Murió en 1912.

Hermenegildo Bustos nació en el Estado de Guanajuato en 1832 y murió en 1907. Era de raza indígena. Autodidacto, siempre se consideró a sí mismo como un aficionado. En todo retrato lo más importante es la cabeza y, con excepción de las manos, lo demás es accesorio. Bustos pintó cabezas, se enfrentó a sus modelos y, con intuición que se da muy raramente, se adueñó del carácter, de la manera de ser del retratado, función esencial y suprema del verdadero retratista. Los tipos mexicanos indígenas, mestizos y criollos pasan por sus ojos y sus manos con la misma vida que tuvieron. Adquirió por cuenta propia todo lo que hay que saber para ser un gran pintor de retratos, y eso fue: un extraordinario pintor. El primer gran retratista de México.

El indigenismo mexicanista tiene a fines del siglo XVIII un defensor y crítico notable en la obra de un jesuita mexicano, el sacerdote Pedro José Márquez (1741-1820). Se encuentran entre sus obras estudios sobre las zonas arqueológicas de Xochicalco y del Tajín. Este autor mexicano es el primero en proponer que nuestro arte prehispánico se estudie y se juzgue en el mismo nivel que el egipcio y el griego. De ahí la importancia y trascendencia de su obra. En el último tercio del siglo XIX aparecieron las primeras manifestaciones indigenistas en la pintura mexicana. De los temas bíblicos se pasó a los autóctonos de carácter histórico, y en ocasiones los artistas se valieron del asunto para condenar los horrores de la invasión española (Parra, Izaguirre, etc.). El sentimiento de nacionalidad comenzaba a consolidarse. Ninguna nación de Indoamérica tuvo un siglo XIX tan dramático como nuestro país. Invadido y despojado por los Estados Unidos; invadido y atropellado por Francia; estremecido por guerras civiles que abrieron paso a trascendentales reformas constitucionales; todo este mar tempestuoso que va desde Hidalgo y Morelos hasta Juárez, encontró después su muro de contención en la larga dictadura de Porfirio Díaz, héroe primero y mal ciudadano después. A principios del siglo XX comenzó la agitación política. La huelga minera de Cananea (Sonora, 1906) y la textil de Orizaba (Veracruz, 1907), así como sublevaciones de masas indígenas, avisaron a la nación que cambios profundos estaban a punto de realizarse. La Revolución socio-económica estaba en puerta. La fábrica y el campo reclamaban trato humano. Se pedía libertad en general y libertad de expresión en particular. El Presidente cumplía 80 años y más de 30 de mandato rigurosamente personal. Lo que ocurría en el campo era punto menos que esclavitud.

Si Velasco fue el biógrafo de la tierra, José Guadalupe Posada lo fue de todo el pueblo. Nacido en el Estado de Aguascalientes en 1852 su

obra es una de las manifestaciones más admirables del arte en México. Si Velasco vivió atmosféricamente, Posada lo hizo del modo más humano posible. Vivió y convivió con el pueblo. Es el depositario por excelencia de sus acciones y emociones. Su taller de grabador fue al mismo tiempo un juzgado donde él impartía justicia o informaba, con ácidos y buriles, sobre planchas de madera o metal, materiales que no tuvieron secretos para él, que parecían parte de su persona misma. El buen humor era su moneda chica circulante en la tragedia pasional y en la vida política. Este dibujante sin problemas es uno de nuestros artistas mayores y uno de nuestros ciudadanos más respetables.

En 1909 Madero publicó su obra **La sucesión presidencial**, y en 1910, centenario de la iniciación de la Independencia, el 18 de noviembre, comenzó el movimiento revolucionario nacional en la ciudad de Puebla, con el sacrificio heroico de Aquiles Serdán y un puñado de patriotas. En la historia de la justicia social, México tiene un sitio envidiable, y está cumpliendo su destino. Lo cumplirá hasta el fin. Emiliano Zapata se levantó en armas al grito de "Tierra y Libertad". Madero se organiza militarmente, la dictadura cae, las elecciones, libres por vez primera, llevan a Madero a la Presidencia de la República, y la Revolución cumple su primer gran acto histórico (1911). En 1913, Madero fue traicionado y asesinado por Victoriano Huerta, de acuerdo con el Embajador de los Estados Unidos. Carranza reinicia el movimiento revolucionario, aplasta a Huerta y reforma la Constitución en 1917, en la que se establecen reivindicaciones de la mayor trascendencia. Fue asesinado en mayo de 1920 y el nuevo gobierno llama del destierro a José Vasconcelos, antiguo revolucionario, insigne escritor y pensador —tan contradictorio en sus últimos años—, que, primero como Rector de la Universidad y después como reorganizador del Ministerio de Educación Pública, imprime nuevos y admirables derroteros a la cultura nacional. Durante su administración se inicia y desarrolla la gran pintura mural, mensaje espiritual y estético de México al mundo entero y uno de los movimientos más importantes en la historia del arte.

Pocos años antes de la aparición del muralismo, cuya tradición data en México de más de dos milenios —Mesa Central y área maya, conventos del siglo XVI—, un pintor joven, muerto a los 31 años en 1918, "encuentra" a México y pinta a su gente. Indígenas, mestizos y criollos, a todos los hizo caber en su obra este joven maestro que fue Saturnino Herrán. En su ciudad natal, Aguascalientes, en el viejo jardín de San Marcos, se reunía con dos amigos, adolescentes como él, a conversar sobre arte, en busca de una expresión nacional que diera a México su imagen propia dentro de su propia riqueza artística. Los compañeros de Herrán eran nada menos que Manuel M. Ponce y Ramón López Velarde. Aquél, músico insigne, el primero en estudiar nuestra música popular anónima como fuente de inspiración; el segundo, muerto a los 33 años en 1921, es uno de nuestros poetas mayores y la tónica de su obra la da el sentimiento provinciano. Lleno de la voz de México y de la suya muy honda, López Velarde fue partidario de Madero, y su obra poética, con la pintura de Saturnino Herrán y la música de Ponce, forman el triple núcleo de un

arte orientado formalmente, con los antecedentes de Velasco, Bustos y Posada, a la creación artística en que lo mexicano, entrañablemente mexicano, tuviera, con acentos nacionales, trascendencia universal.

Un hombre extraordinario, pintor y escritor, estudioso, sabio en vulcanología, revolucionario en todo y de altísima calidad humana, Gerardo Murillo, el Doctor Atl, tiene importancia capital en la historia del arte y la cultura en México. Durante más de medio siglo, su acción se ha hecho sentir continuamente. Afiliado a la extrema izquierda, Atl (agua, en idioma náhuatl) interviene en el movimiento revolucionario social durante los años de mayor inquietud; funda **Acción Mundial**; dirige la Escuela de Bellas Artes, descubre y anima nuevos valores; pinta, dibuja y escribe; se ocupa en obras monumentales sobre arte colonial y popular y se adueña plásticamente del Valle de México, para pintarlo con espíritu y modos totalmente diferentes a los de Velasco. Pintó murales en Europa y en México, que, por desgracia, han sido destruídos. Lleno de responsabilidades históricas, a él debió Joaquín Clausell, un maravilloso paisajista nuestro, su decisión final para dedicarse a la pintura. Clausell, también revolucionario, fue abogado y defensor de indígenas pobres.

Aislado, pero haciendo fructificar su soledad en cuadros que lo reflejan hondamente y en proyectos generosos de alcance cultural, el gran pintor Francisco Goitia es un raro ejemplo de vida ascética, un social cristiano, que alcanza su mayor fama y consagración con el cuadro nominado **Tata Jesucristo**. Jamás el dolor de la raza indígena, pisoteada durante siglos, halló representación tan tremenda como en esta pintura justamente célebre. Maestro en la figura y el paisaje, la escasa obra de este gran artista es visible y notable en medio del océano de trabajo con que agitan la época sus contemporáneos.

En 1922 se pintó en la ciudad de México el primer gran mural moderno. Diego Rivera regresó a la capital el año anterior, después de permanecer diez años en Europa. Venía casi directamente de Italia. Vasconcelos, rector de la Universidad, le envió el dinero para costear su vuelta a México. Yo estaba presente cuando Diego le manifestó al rector su deseo de pintar un mural. El artista escogió el fondo del Anfiteatro Bolívar, de la Escuela Nacional Preparatoria, y pintó la gigantesca composición que con el tema religioso de La Creación realizó a la encáustica, tomando como modelo a personas muy conocidas entonces. Traía el mundo encima. Nacido para la plástica, desde niño demostró su capacidad, que ya en la adolescencia resultó asombrosa. Fue durante dos años discípulo de Velasco, a quien admiró siempre en forma apasionada. A los veinte años fue a Europa, enviado por el gobierno del Estado de Veracruz, y trabajó y estudió en Barcelona con Anglada, y con Chicharro en Madrid. Su mano de pintor era enorme. La de Orozco fue garra. Velasco pintó con la mirada y Posada grabó platicando. Diego, que había nacido en Guanajuato en 1886, al vover a México traía alguna de las más sólidas influencias europeas: los mosaicos bizantinos, Giotto, Ucello, Ingres, Renoir y Césanne, el cubismo. Al llegar aquí, se encontró con México, primero con los "retablos" populares, después con los códices prehispánicos y finalmente consigo mismo. La trayectoria artística de este maestro es

una de las aventuras mayores que registra la historia del arte. Se acercaba a los 40 años cuando se reintegró a México. Aquí empezó su madurez, aquí la desarrolló en una de las obras más gloriosas de que se tenga ejemplo. Finalmente creó un estilo, el suyo propio, el estilo Diego Rivera. Ningún procedimiento del arte de pintar le fue ajeno. Su disciplina le llevó a dominarlos todos, pero fueron la pintura al fresco y al aceite las que empleó con mayor frecuencia y en las que alcanzó la perfección más cumplida. Miles de dibujos de maestría insuperable constituyen el fundamento de su trabajo colosal. Predomina en su obra una coloración luminosa y en sus grandes composiciones hay multitud de figuras de fácil discriminación gracias a un claro lenguaje plástico. Se pretende que la gran sinfonía mural ejecutada en la bóveda y muros del Salón de Actos de Chapingo —Escuela Nacional de Agricultura—, sea su obra más extraordinaria. Sin duda es el trabajo de un genio, una obra maestra cuya perfección nos asombra. Casi toda la labor de este maestro parece realizada durante una clara mañana inmortal. Una radiante alegría le preside todo. Pero Diego Rivera no fue solamente un pintor genial. Fue un revolucionario, un defensor elocuente y apasionado de la justicia social. Su capacidad verbal lo predispuso al relato. De ahí que nuestra historia le apasionara y nos dejara en los muros del viejo Palacio Nacional algunas imágenes de la vida prehispánica, revividas con profundo conocimiento de los temas y un sentido prodigioso del color. La escena del mercado, con el fondo de la ciudad, y el paisaje, es una de esas obras maestras inolvidables para todo aquel que tenga la buena suerte de mirarla. Una extraña luz oscura circula entre la abigarrada multitud. En el enorme cubo de la escalera monumental del Palacio está narrada toda nuestra historia. En una gigantesca síntesis el artista nos da desde lo pre-hispánico y colonial hasta la Independencia y la Revolución. Vida y pasión de México en un esfuerzo plástico de impresionante grandiosidad.

Diego Rivera levantó muy alto el entusiasmo y el gusto por el arte antiguo de México. Reunió una colección de más de cincuenta mil objetos arqueológicos y proyectó y construyó el edificio que servía de museo para exhibirlos. Donó ambas cosas al pueblo de México. Fue amable y generoso, combativo y brillante, de vasta cultura y gran simpatía personal. Pintó grandes composiciones murales en algunas instituciones norteamericanas. Su capacidad de trabajo no tiene par. Nació en la ciudad de Guanajuato en 1886 y murió en la capital de la República, el 3 de diciembre de 1956.

Si Diego Rivera, afiliado al Partido Comunista, manifestó en muros y documentos su ideología revolucionaria, José Clemente Orozco, al margen de los partidos, pero siempre en la extrema izquierda, mostró y demostró su criterio desde muy joven, como dibujante y caricaturista político.

Una independencia total en un área del tumulto. Una intervención violenta insobornable, definida y definitiva, una acusación implacable de todas las injusticias, constituyen la imagen humana y artística de este

hombre de genio. El rojo y el gris son los colores que predominan en su obra. La tierra y el fuego: la base y el aliento. El hombre-tierra, que es fuego interior, el hombre pasión: en suma el Hombre-Fuego. Con frecuencia en los murales de Rivera se expresa el triunfo de sus ideas sociales. Estamos ante hechos consumados. Los colores y la luz son cifras de optimismo, de ciega y alegre fe. En Orozco el sentido de lucha, la actitud combativa nos habla más del presente que del futuro. Diego se dispersa en la Humanidad, generalizando. Orozco se concreta al hombre, a lo terrible que hay en la condición humana, a la lucha tremenda que implica vivir. Lo heroico en su arrebatado supremo, el triunfo por el sacrificio nulificando a la muerte. Una manifestación de fuerzas espirituales que ningún pintor ha expresado con tanta energía, desde Miguel Angel. La lucha de todos los hombres entre aceros hostiles y medias luces, es cosa gris. En el cubo de la escalera del Palacio de Gobierno de Guadalajara, Orozco pintó una de sus creaciones más geniales.

Es una síntesis de la lucha por la libertad. Eu cura Hidalgo, padre de nuestra Independencia, llena la bóveda empuñando una tea incendiaria capaz de calcinar todo un régimen de oprobio. Emerge de una especie de chatarra humana de un mar gris de hombres, fragmentos de hombres, puñales y bayonetas, basura industrial, símbolos traicionados y personajes traidores, bandidos de profesión, mentiras de bulto y todo el horror de las simulaciones de que el capitalismo ha sido capaz. Esta composición mural invita a la lucha. Dan ganas de salir a la calle a reunir gente para continuar la Revolución. Es una acción arrolladora cuyas consecuencias no interesan sino como suprema finalidad. Es un riguroso —pase lo que pase, pero triunfaremos—. La tempestad a nuestras órdenes. El júbilo de la muerte. La víspera monstruosa de la libertad. Plásticamente, este gran mural es de una sublime belleza, lleno de maestría y originalidad.

Gris y negro, blanco y rojo.

Prometeo, hombre de la tierra, que robó el fuego y lo dio a los hombres, es otro de sus héroes y figura en otra grandiosa composición mural, realizada en los Estados Unidos. En los murales pintados aquí en México, en el Palacio de la Suprema Corte de Justicia, el incendio y la destrucción son operaciones necesarias. Hay que destruir para renovar. Fuego a todo. Iluminaciones. Escenas tumultuosas. La sagrada violencia. Imágenes de la justicia conculcada, vendida, pisoteada. Y papeles. Un mar de papeles miserables. Toda la gama de los grises y la lengua de fuego de las llamaradas. Cuando Orozco satiriza, echa a andar todo su motor de burlas; nada ni nadie se salva. Todo su horrible buen humor tritura, demuele, fríe los conceptos y las personas, como en el primer piso de la Escuela Nacional Preparatoria.

Grabador maravilloso, entre tantas litografías dejó una imagen de quietud y silencio que México guardará siempre en el alma. Lleva el nombre de Réquiem. Es un "velorio", desde la calle. Es el dolor del pueblo pobre, en la intimidad, a puerta abierta. Una hoja de papel, pero tan importante como una gran composición mural.

La imagen de lo muerto fue una de sus más constantes preocupaciones. Lo que se está pudriendo, lo que se pudre para resucitar. Lázaro y Cristo. El único paisaje que pintó fue el de nuestro llamado Pedregal, residuo volcánico, fuego petrificado, junto a la ciudad de México. Es uno de los pintores más grandes de todos los tiempos. Como Tintoretto y como Goya. En una de sus últimas obras, la cúpula del Hospicio Cabañas en Guadalajara, pintó al Hombre Fuego. Es una obra portentosa en la que uno espera por momentos que la figura perfora la bóveda y desaparezca a nuestros ojos. El zig-zag de un rayo sería la firma adecuada de la obra de este artista inmenso. El maestro José Clemente Orozco nació en Zapotlán, Jalisco, en 1883 y murió en la capital de la República en septiembre de 1949.

Un atletismo impulsivo y monumental, una fuerza exaltada por las más nobles ideas de heroísmo y justicia caracteriza generalmente la pintura mural de David Alfaro Siqueiros, uno de los tres grandes muralistas mexicanos. Colocado en la extrema izquierda, sus ideas de justicia social, su capacidad de lucha, le proporcionan la materia necesaria para expresar en los muros su extraordinario poder sobre las formas plásticas. El dinamismo de Siqueiros le obliga a renovar la expresión del movimiento. Su preocupación por un arte dinámico y la búsqueda de soluciones para realizarlo han conducido a este gran artista a los linderos mismos de la escultura. Su pincelada es ancha y expresiva como la de Orozco, aunque no tan larga y audaz como la del genial autor, del Hombre Fuego. Su preocupación por trabajar con materiales nuevos lo han llevado a emplear, por ejemplo la piroxilina, cuya textura ofrece nuevas calidades. La figura deslumbrante de Cuauhtémoc ha sido tema preferido por Siqueiros. El joven monarca azteca es el tipo ideal del héroe. Las circunstancias que lo rodean hacen de él un personaje tan apasionante, encarna con tal energía la idea de lucha y libertad que, una vez conocida su actuación y su vida breve, el rendimiento ante su gloria es total. Ningún artista mexicano ha representado a Cuauhtémoc con tanta fuerza como Siqueiros. La más ilustre víctima de la Conquista aparece no sólo en murales de México sino también en Chile en la escuela que el gobierno mexicano obsequió a la ciudad de Chillán después de un desastre telúrico. En el Hospital de la Raza ha dejado el maestro una de sus obras más importantes. Convexidades y ángulos rectos le han dado oportunidad para solucionar problemas de dinámica plástica. La composición total es una obra maestra de pintura mural. David Alfaro Siqueiros nació en Chihuahua el año de 1896. Trabaja actualmente en un muro del Castillo de Chapultepec. Inició su labor como muralista en 1922 al tiempo que lo hacían Diego Rivera, José Clemente Orozco y Roberto Montenegro cuya obra más importante está en el cubo de la escalera del viejo colegio de San Pedro y San Pablo.

La pintura mural ha tenido representantes aún en pintores que no se han dedicado a ella de muy particular manera. Manuel Rodríguez Lozano, que cuenta entre nuestros mejores artistas, y Rufino Tamayo, pintor de fama universal, han dejado ejemplo de dicha actividad. Este último en el Palacio de las Bellas Artes con dos grandes composiciones ejecutadas

sobre tela y que lo representan ampliamente. Muralistas son José Chávez Morado y Fernando Leal. El primero por su trabajo en Guanajuato y el segundo por lo realizado en el vestíbulo del Anfiteatro Bolívar y en la capilla del cerro del Tepeyac. El maestro Juan O'Gorman, uno de nuestros mejores pintores, es también muralista, y ha pintado no solamente al fresco, sino que ha realizado grandes composiciones en mosaico de piedra. (La Biblioteca de la Ciudad Universitaria es una de las obras más importantes del arte mural). Jorge González Camarena decora actualmente un muro en el Palacio de Bellas Artes. En el Palacio de Gobierno de Morelia, Alfredo Zalce ha realizado obras muy notables en fecha reciente. Fermín Revueltas, Pablo O'Higgins y Máximo Pacheco, han dejado también excelentes trabajos murales. Pinturas murales prehispánicas de un gran valor, y muy hermosas del período colonial, son espléndidos antecedentes del gran movimiento pictórico mural que, iniciado en 1922, coloca a México a la cabeza de este género de la pintura en el mundo. Rivera y Orozco nos dejaron una obra gigantesca, a la que se une la de los artistas mencionados después y cuyo lenguaje, tan diverso cuanto importante ha servido por modo magnífico para exaltar las ideas de libertad y justicia social con que la Revolución Mexicana, en marcha, contribuye para beneficio de la Humanidad entera. Esperamos que este gran movimiento no se detenga y que nuevos pintores continúen la obra realizada por los maestros que tan magníficamente lo iniciaron.

EMBAJADA DE MEXICO
SOCIEDAD CUBANO-MEXICANA
CASA DE LAS AMERICAS
CONSEJO NACIONAL DE CULTURA